

INTRODUCCIÓN

El año pasado se cumplió el tercer centenario del nacimiento de un personaje singular, Pedro Franco Dávila (1711-1786). Procedente de Guayaquil, población emergente del virreinato del Perú, tras una juventud de viajes por el territorio americano dedicado al comercio, con naufragios, tempestades y cautiverio incluidos, vino a España con su padre en 1732. En 1745, ya muerto su progenitor y después de haber intentado sin éxito regresar a su tierra —cruzando el Atlántico cinco veces—, llega a París y allí se establece gastando una cuantiosa fortuna en formar un imponente Gabinete de Historia Natural y de objetos de arte que le confieren un gran prestigio en toda Europa. Al tiempo que reúne sus inmensas colecciones adquiere una sólida formación como naturalista y como conocedor del arte, cimenta una red de relaciones con algunos de los más prestigiosos ilustrados del momento y, ya arruinado, saca a la venta parte de su Gabinete, después de haberlo ofrecido a la Corona española por tres ocasiones y tras publicar la descripción de sus colecciones en un Catálogo en tres volúmenes donde muestra el saber atesorado durante más de veinte años. Elegido miembro de varias importantes sociedades científicas europeas y con el apoyo de influyentes sectores de la élite ilustrada española, su Gabinete es aceptado por fin por la Corona siendo nombrado director vitalicio del Real Gabinete de Historia Natural por Carlos III. Por ese motivo viaja en 1772 a Madrid, donde vivirá hasta su muerte, tras ser elegido miembro por la sociedad científica más prestigiosa de su tiempo, la Royal Society londinense, en 1776, y por la prestigiosa Sociedad de

Anticuarios de la ciudad alemana de Cassel en 1785, a pocos meses de su muerte.

Este es el sucinto cuadro de la vida de un hombre cuya existencia recorrió un siglo extraordinario: el Siglo de las Luces, que cambiaría para siempre la civilización occidental en lo que Paul Hazard llamó «crisis de la conciencia europea» y que nos instalaría en la modernidad. Una existencia que se nutrió de las vivencias, experiencias y valores de tres mundos: el americano, que aún fulguraba como una especie de tierra prometida para los europeos —un Nuevo Mundo gran parte del cual aún señoreaba, si bien de modo cada vez más precario, España—, el de la Ilustración francesa —con París como crisol de la nueva cultura que recorría el continente— *nel mezzo dell'cammin* de su vida y, ya por último, el de la renovación carolina en un Madrid convertido en gran capital europea donde una minoría de ilustrados, dirigidos por un soberano entusiasta, trataban de reformar contra viento y marea unas estructuras casi tardomedievales.

El libro que aquí presentamos es fruto de la colaboración de seis personas, congregadas en torno a la figura de Franco Dávila para tratar cada una un aspecto distinto de este —durante tanto tiempo— olvidado ilustrado criollo. Nada más lógico este enfoque multidisciplinar tratándose de un personaje tan poliédrico como el que nos ocupa.

En el primer capítulo, «Los tres mundos de Pedro Franco Dávila, primer director del Real Gabinete de Historia Natural. *Viaje a lo largo de un siglo*», del que es autor quien esto escribe, se hace un recorrido por la vida de nuestro protagonista, situándolo en esos tres mundos a que alude el título del capítulo, con la aportación de documentos inéditos en un intento de mostrar las imbricaciones —muy significativas— de los diferentes legados existenciales vividos por el guayaquileño.

Le sigue otro, «Carlos III y el Real Gabinete de Historia Natural: un rey para un proyecto científico emblemático», en el que Ana V. Mazo Pérez, paleontóloga del MNCN y apasionada de la Ilustración carolina, desarrollará un tema de gran interés: el apoyo de importantes sectores ilustrados a la venida de las colecciones de Dávila y el del propio monarca, que hizo todo tipo de contribuciones para enriquecer el Real Gabinete.

El tercer capítulo, «La colección mineralógica de Pedro Franco Dávila», tratará un importante aspecto del Gabinete de Dávila como eran sus colecciones de minerales y rocas, parte esta de la historia natural en la que nuestro personaje era un verdadero experto. Su autora es Begoña Sánchez Chillón, quien durante muchos años trabajó como conservadora de las Colecciones de Mineralogía, Paleontología de Vertebrados y Prehistoria desplegando en ellas, en condiciones nada fáciles, un meritorio trabajo no suficientemente poco reconocido.

Otro aspecto del mayor interés, hasta hace poco apenas estudiado, es el de las colecciones de arte que atesoró Dávila, el cual reunió una impresionante cantidad de pinturas, estampas, piezas arqueológicas y antropológicas, instrumentos científicos, mapas y libros, entre otros artículos. Sobre una parte de ellos, las piezas provenientes de Asia —sobre todo de China, Japón y Siam— se centra el cuarto capítulo, «Pedro Franco Dávila (1711-1786) y el coleccionismo de *Curiosidades del Arte* asiáticas en el siglo XVIII», a cargo de Delia Sagaste Abadía, que ha venido estudiando en los últimos años el tema de las colecciones de arte de Asia oriental en los museos públicos españoles como preparación a su tesis doctoral en la Universidad de Zaragoza.

En el capítulo quinto, «La colección de láminas del naturalista Johannes Le Francq Berkheij y su llegada al Real Gabinete de Historia Natural», Carmen Velasco Pérez, que ha dirigido durante varios años el Archivo del MNCN —ahora ya jubilada pero plenamente activa en cuanto a curiosidad y labor investigadora— se ocupará de una de las colecciones iconográficas de historia natural más valiosas del Museo, venida desde Holanda, cuya ordenación e inventario emprendió el propio Dávila en los últimos meses de su vida.

Para terminar, Julio González Alcalde, conservador de las colecciones de Bellas Artes y Arqueología Industrial del MNCN, presentará el capítulo «Mobiliario, instrumentos científicos y piedras bezoares: testimonios de la cultura material del Real Gabinete de Historia Natural». Un recorrido por los magníficos testigos —nada mudos para quien sepa observarlos y estudiarlos— que el MNCN conserva de la época del Real Gabinete: relojes, mesas de piedras duras, microscopios y los curiosos bezoares —durante siglos codiciados como algunos de los objetos más fascinantes producidos por la Naturaleza—. Un legado cuya memoria el autor de este capítulo lleva varios años recuperando y describiendo sistemáticamente en todo tipo de publicaciones.

Junto con los textos, llenos de aportaciones novedosas, se presentan un conjunto de significativas ilustraciones, algunas reproducciones de documentos inéditos, cual es la del nombramiento de Dávila como miembro de la Academia de Anticuarios de Cassel en noviembre de 1785 —a dos meses de su muerte—, documento único custodiado en el Archivo del MNCN.

Magnífica es igualmente la serie de fotografías que muestran los testimonios materiales del Real Gabinete que han llegado hasta nuestros días y forman parte del mobiliario y el patrimonio del museo actual: las cuatro mesas de trabajo lapidario, la gran mesa de Manila —que utilizó el propio Dávila—, la espléndida librería acristalada, el reloj de Salvador López —encargo de Floridablanca—, los dos excelentes microscopios de la época

y los sorprendentes bezoares. Todas ellas, fruto de la investigación de Julio González Alcalde —en el caso del reloj, también de Carmen Velasco— y de la realización técnica de Jesús Muñoz y Fernando Amor, del Servicio de Fotografía del MNCN.

Junto con ellas, las láminas de la colección van Berkheij, seleccionadas por Carmen Velasco; el cuadro del oso hormiguero regalado a Carlos III; las fotografías de minerales, legado de la colección de Dávila, elegidas por Begoña Sánchez Chillón, y las láminas, en su mayoría inéditas, procedentes de los Fondos Especiales de la Biblioteca y del Fondo Iconográfico del Archivo del MNCN.

Este trabajo que hoy presentamos lo hemos realizado estimulados por la curiosidad de conocer un capítulo sugestivo de nuestra Historia y la necesidad de encontrar respuestas. Un estímulo que nos ha llevado a emplear muchas horas y esfuerzo en pos de nuestro objetivo, que no es otro que rescatar una parte de nuestra memoria colectiva, la que concierne a una institución como el Real Gabinete de Historia Natural que durante un cuarto de siglo trató de estar a la altura de las mejores instituciones de su género del mundo, guiada por un hombre, Pedro Franco Dávila, durante demasiado tiempo ignorado.

Hace veinticuatro años ya María de los Ángeles Calatayud Arinero, que trabajó en el archivo del MNCN desde el año 1956 hasta su jubilación en 1994, publicó su libro *Pedro Franco Dávila y el Real Gabinete de Historia Natural*, el más completo que hasta entonces se había escrito sobre nuestro personaje, basado en un gran número de documentos, muchos de ellos del Archivo del Museo de Ciencias, cuyo primer período, de 1771 hasta 1815, ella había ordenado, catalogado y ofrecido al público en su *Catálogo de documentos del Real Gabinete de Historia Natural (1752-1786)* y el *Catálogo crítico de los documentos del Real Gabinete de Historia Natural (1787-1815)*. Un trabajo arduo realizado en unas condiciones que poco tienen que ver con las actuales. Ayudada por Manuel Parejo, que sigue trabajando en el AMNCN, Ángeles Calatayud ordenó los legajos, revisó los documentos, numeró y mecanografió los contenidos —utilizando para hacer las copias el papel carbón— hasta ofrecer un instrumento de primer orden a cuantos quieran investigar la historia del Real Gabinete.

Servirnos de ese instrumento es lo que hicimos las cuatro personas que a partir del verano del 2002 nos reunimos, dirigidos por Miguel Villena Sánchez-Valero, para indagar en la vida y la labor de Pedro Franco Dávila, en un trabajo de investigación —hecho también por puro amor al conocimiento, empleando cientos de horas de nuestro tiempo libre en él— que dio como resultado el libro *El Gabinete perdido. Pedro Franco Dávila y la Historia Natural del Siglo de las Luces*. Libro publicado en febrero del

2009 —Miguel había fallecido un año antes— y presentado en abril en el Museo de América, en un acto emotivo dedicado a la memoria del amigo y compañero ausente. Fue para mí aquel trabajo una impagable escuela en la que aprendí muchas cosas pero donde ante todo asistí al espectáculo fascinante de una inteligencia perspicaz y una intuición poderosa en acción unidas a una capacidad de trabajo formidable y a una bonhomía y honestidad —que todo ello reunía Miguel— difíciles de encontrar juntas en una misma persona.

Javier I. SÁNCHEZ ALMAZÁN